

Narrativa Antonio Tabucchi ha trenzado nueve fascinantes relatos con un tema dominante: tanto el del tiempo que envejece deprisa como el de nosotros que envejecemos con el tiempo. Una nueva joya literaria del escritor italiano

Escuchando recuerdos olvidados

Antonio Tabucchi
El tiempo envejece deprisa / El temps envellaix de pressa
Traducción al castellano de Carlos Gumpert y al catalán de Teresa Muñoz

ANAGRAMA /
EDICIONS 62
176 / 128 PÁGINAS
16 EUROS

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

En pocos escritores contemporáneos el rigor estético está tan identificado con el rigor ético como en Antonio Tabucchi (Vecchiano, 1943), en una escritura hondamente humana, controlada por la inteligencia y el humor y exacerbada por la fuerza poética y la ternura. Deslumbrante y oscura, importa mucho menos la trama que la indagación de nuestras conductas y del peso que en ellas tienen las circunstancias políticas y el paso del tiempo. Cada nuevo libro de Tabucchi es una joya literaria nacida de la exigencia y del rechazo a todo tipo de convención, y nos fascina más por lo que sugiere que por lo que comunica. Sin romper las barreras del género, lo lleva a su límite más extremo. Los nueve relatos de *El tiempo envejece deprisa* reúnen todas estas virtudes, a las que habría que añadir ahora la variedad de registros y un tema dominante que los une: tanto el del tiempo que envejece deprisa como el de nosotros que envejecemos en el tiempo.

Hay en estos cuentos un afán abarcador que, paradójicamente, encuentra su punto de partida en

la singularidad. Los sentimientos afectan a toda la humanidad, pero llegan a nosotros y nos conmueven a través de unas experiencias personales concretas, de modo que esta *universalidad* no se convierte en algo abstracto. Y, si bien es cierto que en un principio, “si Homero hubiera conocido a Ulises le habría parecido un hombre trivial” y “las historias son siempre más

El libro se ambienta en variedad de espacios: Italia, el Magreb, Rumanía, Alemania, Praga o Varsovia

grandes que nosotros”, también lo es que sin nosotros –sin la disparidad de personajes que aparecen aquí– las historias no existirían. De este modo, Tabucchi es universal o cosmopolita precisamente porque es un testigo del tiempo que le ha tocado vivir.

La elección de los espacios en los que transcurre la acción no es gratuita: el Magreb de *El círculo* nos lleva a unas voces antiquísi-

mas, al recuerdo de algo que está en nosotros pero que no llegamos a vivir, a la memoria de lo vivido pero que no hemos conocido, para revelarnos la realidad del destino de los que “durante siglos habían luchado contra el desierto” y que al final han tenido que huir. Por el contrario, en *A contratiempo* hay un rechazo de la brutalidad del presente (de los jermes rojos al Chile de Pinochet) para, “obedeciendo a una memoria antigua”, encontrar la paz en un monasterio en ruinas de Creta. En *Bucarest no ha cambiado en absoluto*, la relación entre Rumanía y Tel Aviv nos sirve para mostrar y denunciar que “los judíos rumanos son los otros palestinos de Israel”. Alemania, Praga o Varsovia nos llevan a las dictaduras y a la caída del comunismo. Italia, a la más rabiosa y esperpéntica actualidad frente a la lacerante melancolía de un país que nos fascinó a todos a través de su prensa, sus poetas, sus narradores, su cine, su pintura y sus cantantes.

La melancolía es el sentimiento dominante. El tiempo nos envejece. Nuestra percepción proviene de la nada. Vivimos un pasado des-

aparecido o que nunca fue, recorremos sus laberintos, escuchamos recuerdos ajenos, nos movemos en las arenas de la memoria, confundimos fantasía con recuerdo, las imágenes se borran y necesitamos tanto recuperar el pasado como olvidarnos de él. La relación entre presente y pasado es, pues, determinante en cada uno de los cuentos. Por un lado se nos imponen la realidad de un mundo que ha perdido toda lógica, las disparidades existenciales, el inexorable proceso biológico que hace sufrir al púber y al anciano; por el otro, hay un afán de trascendencia, de buscar una felicidad que tal vez existió y que puede volver a existir aunque sólo sea como un instante, o que no es más que un instante precisamente porque no llega a ser tiempo o se ha evadido de él. Hay en algunos relatos una gran intensidad emocional, corazoncitos sentimentales que conocieron un gran amor, generales que por encima de

La melancolía es el sentimiento dominante: vivimos un pasado desaparecido o que nunca fue

todos los avatares de la historia han vivido en un burdel los días más hermosos de su vida, o la voz que nos llega de una niña calva y en una silla de ruedas exclamando maravillada: “Pero si eso es lo más bonito del mundo”, y que le lleva a preguntarse al protagonista de *Clof, clof, clofete, clopete*: “¿Cómo era posible que a su edad, con todo lo que había visto y conocido, no supiera aún qué era lo más bonito del mundo?”.

Imágenes extrañas

Relatos en los que pesa la vida, con protagonistas ancianos, enfermos, moribundos, condenados al dolor, víctimas de la represión que huyen de un pasado que no deja nunca de ser presente. Extrañas imágenes les acompañan: un muro de caballos, la leche y la sangre, la carcoma que nos roe, los vientos de la vida. Una extrañeza que puede surgir del mal, de un mundo de moralistas sin moral, pero también del bien, de la elevación, la levitación, la alucinación sonora, la ebriedad del descubrimiento, la conversación entre un anciano y una niña, de una canción de Léo Ferré o de Georges Brassens, de una balada como *Yo me enamoré del aire*, de un poema de Yeats o de Szymborska, o de la misma escritura que permite decir cosas extrañas, traer no sueños sino imágenes, hilar historias en una casa vacía, en una hoja en blanco que permite, a través de la imaginación, sumergirse en “un pasado jamás vivido” y capturarlo en “un futuro aún por vivir”. Una joya que resplandece en los escombros. |



El escritor Antonio Tabucchi habla de su nuevo libro en el programa televisivo ‘Che tempo che fa’

GETTY IMAGES